

25 Agosto 1956

Teatro Infantil, un Medio Educativo

por Sebastián Salazar Bondy

El niño es el ser imaginativo por excelencia, es el verdadero y auténtico poeta. Pero de la infancia a la adolescencia, y de ahí a la adultez, parece producirse en la personalidad del que fue un niño rico en fantasía un proceso de declinación, una especie de "capitis diminutio" del poder creador. El fenómeno puede atribuirse a la poca atención que dicha fuerza intelectual merece de parte de padres y maestros insensibles, quienes, en lugar de estimularla, la combaten tácita o expresamente. Por ejemplo, un niño con un lápiz en la mano es, sin duda, un artista: le interesa verter en el papel, o donde fuere, su propia versión del mundo, sus intuiciones e imágenes, pues la realidad de en torno no le importa por lo que colectivamente hemos hecho de ella, sino por lo que él como individuo le extrae.

En este mismo sentido, el niño es en el teatro el más perfecto espectador. El público ha sido clasificado en dos categorías: intratense y extratense. El que asiste a una representación y puede, mientras sigue el hilo de la acción, juzgar el comportamiento de un actor, considerar la propiedad de los escenarios o el vestuario, analizar las ideas del texto, etc., o sea, el espectador que está en posesión de sí, es por supuesto aquel que llamamos culto, racional, crítico. Muchas veces, aunque su presencia resulte necesaria y, de hecho, constituya un índice del adelanto intelectual de un pueblo, es el enemigo del arte. En cambio, el que permanece enajenado por la actuación, inmerso en las situaciones que en el tablado —o en la pantalla cinematográfica, da lo mismo— se desarrollan, a tal punto que es capaz de intervenir en ellas con el insólito grito de "¡Cuidado!", es el espectador emotivo e ingenuo, el que crea con la creación.

A esta clase de público extratense pertenece el infantil. Recibe abiertamente lo que se le brinda, lo elabora, lo asimila, lo hace ser de su ser. De ahí que el teatro sea uno de los medios educativos más poderosos para la primera edad, pues por él se suscita la imaginación y se modela estética y moralmente la personalidad naciente. El pequeño que haya acudido a una representación dramática no la olvidará jamás. Los personajes y el conflicto que ellos hayan afrontado asumen para él caracteres mitológicos, crecen en su memoria y se tornan, con el tiempo, en fuentes constantes del pensamiento. A través del arte escénico no sólo se logra este objetivo pedagógico. Se consigue algo más: revelar en el hombre futuro esa reserva de gusto y afición que la chata rutina de la escuela corriente mata, mutila o deforma. Cuando uno ve

que la gente se aburre, que no encuentra placer en un libro, en un cuadro, en una melodía o en una buena película, hay que pensar que en su primera edad nadie se ocupó de cultivar su fantasía en ese mágico juego que es el arte.

Quien haya asistido a una función de teatro infantil habrá descubierto hasta qué singular extremo los niños acatan la convención y toman los hechos irreales como auténticos, en un proceso lúdico de caracteres muy especiales. Es un entretenimiento que supera a los otros, puesto que, a diferencia de los juegos comunes, no tiene un desenvolvimiento fortuito, ni está sujeto, además, a normas previas conocidas. El teatro infantil —y los pocos casos de cine infantil pueden ser considerados así— descubre en el niño un cúmulo de sentimientos cuya esencia es decididamente espiritual. La imaginación estimulada de este modo sirve, luego, no solamente para crear en la persona una predisposición estética, sino para darle a las vocaciones prácticas un matiz poético, gracias al cual son menos inhumanas y grises. Un ingeniero, un químico o un militar con imaginación son ciertamente mejores que un ingeniero, un químico o un militar que se apegan a los textos de una manera pedestre y sosa.

En los experimentos de teatro infantil que entre nosotros se han realizado y actualmente se están realizando, se percibe una falta que no es responsabilidad de los promotores de estos importantes espectáculos. Es la que se refiere a los textos. Los viejos cuentos de Andersen, Grimm u otros clásicos de esta literatura les sirven de guión. Sin duda, con ellos cumplen, en principio, parte de los fines a que la representación está destinada. Mas no hay libretos que, a la vez que inspiren el ánimo mágico que es indispensable en el arte de esta clase, sirvan para encaminar al niño dentro de las formas características de la vida de nuestro tiempo y lo preparen para afrontarlas victoriosamente. ¿Ha muerto la literatura infantil, la gran literatura infantil? Quizá falte fomentar la producción de tales relatos por medio de un programa definido, invitando a los escritores a dedicar algo de su tiempo y su desvelo a inventar las fábulas modernas, relativas —como lo fueron las de antaño a su turno— a las cuestiones vivas de nuestra época. A esa tarea, una vez convocados, habrán de entregarse todos aquellos que comprendan que para crear un clima de cultura es fundamental hacer que por cada niño de hoy haya mañana un hombre pleno de imaginación y, por ello, libre y feliz.